



catequesis
jóvenes

2012

Campaña LIII

- Viernes 10 de febrero
DÍA DEL AYUNO VOLUNTARIO
- Domingo 12 de febrero
JORNADA NACIONAL DE MANOS UNIDAS





Comienzo a escribir esta catequesis sobre el sexto objetivo del milenio, que se propone acabar con las principales enfermedades que asolan a los pobres de la tierra, en el pasillo de urgencias de un hospital español, velando a un compañero anciano de 93 años, aquejado de fuerte neumonía. Ha cogido mi mano derecha, buscando el calor humano, y escribo en el portátil sólo con la izquierda, sintiendo su dolor de enfermo casi terminal (moriría sólo tres días después). Las Urgencias del hospital están abarrotadas, por eso algunos enfermos menos graves, o con menos suerte, como es el caso del P. Isidro, deben ocupar camas en el pasillo, únicamente protegidas por unas cortinas, que ni siquiera están echadas. La situación puede parecer penosa, y lo es. En situaciones como ésta, algunos suelen quejarse diciendo que en nuestros hospitales se dan situaciones tercermundistas. Pero no es verdad, incluso en estos casos; nuestra situación es infinitamente mejor que la que padecen las dos terceras partes de los enfermos del mundo.

DOS MUNDOS PARALELOS EN LA SALUD

En efecto, cuando echamos una mirada crítica al mundo, descubrimos que existen dos mundos paralelos en el campo de la economía, que dividen a las personas en ricos y pobres, en sociedad del bienestar y sociedad de supervivencia, en hartos y hambrientos... Esta misma división se reproduce de forma más escandalosa, si cabe, en el campo de la salud y la enfermedad.

Existe un mundo desarrollado en el que la salud está completamente protegida y asegurada. La mayor parte de la investigación médica se centra en la salud de las personas de este mundo y en sus enfermedades. En ese mundo casi todas las enfermedades y problemas clínicos tienen posible solución.

Os pongo un ejemplo: Hace sólo unos días, hablando con la cardióloga que atendía a mi madre por una angina de pecho, le dije que otro cardiólogo, cuatro años an-



tes, nos había dicho que, si se volvía obstruir la arteria en el mismo lugar donde ya tenía dos *stents*, la situación sería peligrosa. La cardióloga respondió sin inmutarse: “tranquilos, hace cuatro años, estamos hablando de la prehistoria. Eso ya no es problema hoy en día.” No cabe duda de que la medicina es uno de los campos en los que la investigación avanza más rápidamente, especialmente en las enfermedades propias de los países ricos.

Es cierto que todos tenemos que morir y que sigue habiendo enfermedades y situaciones insuperables, pero también es cierto que la mayor parte de las personas de nuestro mundo desarrollado, cuando mueren, han superado antes muchas situaciones peligrosas, que sólo unos años antes habrían sido potencialmente fatales.

Pero al mismo tiempo, muy cerca de ese mundo desarrollado, porque los transportes y las comunicaciones nos han acercado muchísimo, existe un mundo sumido en una prehistoria médica, paralela y proporcional a su miseria económica. En ese mundo no existe atención médica universal. A veces, ni siquiera hay atención médica alguna. Ese mundo no conoce ni disfruta los avances de la medicina y, en él, las personas sobreviven o mueren en una situación que podríamos calificar también de prehistoria de la higiene, de la salubridad y la medicina. Es un mundo estancado, ajeno a los avances de la ciencia, en el que la supervivencia no depende de la medicina, sino de la fortaleza física de los propios enfermos. Es un mundo en el que la vida está siempre en peligro, porque cualquier infección, cualquier bacteria o virus puede truncar en pocos días cualquier vida humana.

ES NECESARIO ABRIR LOS OJOS Y EL CORAZÓN A LA VERDAD

En el mundo actual dicen algunos que hay muchas verdades y que no existe la auténtica y única verdad. Los cristianos, sin embargo, sabemos que existe la Verdad, única y universal, que da sentido al mundo y a todos los que existimos en él. Dios es esa Verdad, origen, fundamento y sentido de todas las cosas. Algunos creen, equivocadamente, que el hecho de la existencia de Dios no

cambia nada, porque creen que el mundo es independiente de Dios y que, en caso de existir, su existencia no aporta nada al mundo, como si fuera únicamente una idea que está sólo en nuestra cabeza. Sin embargo, si echamos una mirada al mundo de la salud, descubrimos que creer en un Dios personal y providente cambia muchas cosas a la hora de descubrir la Verdad sobre la vida y las personas. Veamos algunas diferencias.

La verdad laica de las ideas, representada por la declaración de los derechos humanos, dice que todos los hombres somos iguales, lo cual es un gran avance en el pensamiento humano, avance debido en gran medida a la influencia cristiana sobre la misma filosofía laica. Pero la realidad laica de los hechos nos dice que existen dos mundos paralelos en los que los seres humanos no tienen realmente los mismos derechos, ni las mismas oportunidades. Son dos mundos que coexisten de forma simultánea, sin que las ideas sean realmente capaces de unificarlos y de hacer que todos los hombres tengan los mismos derechos y las mismas posibilidades, tal y como proclaman las ideas.

Es más, los hechos demuestran que la diferencia entre ambos mundos es una gran brecha que sigue agrandándose progresivamente. Los mismos objetivos del milenio son una manifestación de esta distancia por ahora insalvable entre las ideas y la realidad. Son una maravillosa declaración de intenciones que, a cuatro años del plazo estipulado, el 2015, están aún muy lejos de llegar a cumplirse, a pesar del trabajo ingente de millones de personas y de miles de asociaciones que, como Manos Unidas, estamos echando el resto para conseguir aproximar la realidad a los objetivos.

El problema quizá sea que las simples ideas nacidas del propio hombre no le impulsan suficientemente a pensar en los demás y a actuar en favor suyo. Quizá porque el simple altruismo necesita motivaciones superiores para convertirse en un motor verdaderamente potente, capaz de mover la realidad hacia la igualdad real de





las personas. El problema del simple altruismo es que se convierte en voluntarismo, y el voluntarismo depende sólo de la propia persona y sus sentimientos y esos sentimientos pueden evaporarse al cambiar de opinión, de actitud, o por cansancio. Esa inconstancia es la que hace pensar a las personas primero en sí mismas e incluso sólo en sí mismas. Todos somos conscientes de la debilidad de nuestras decisiones y de nuestros propósitos, cuando sólo dependen de nuestra propia buena voluntad. Si nosotros somos la medida de las cosas y nada ni nadie exterior a nosotros puede servirnos de horizonte estable de visión, nuestras convicciones y propósitos se vuelven variables e inestables.

Sin embargo, para los creyentes, la verdad nace de Dios, y nuestra vinculación con ella viene motivada por la fe en Dios, origen de todo y de todos. Esa fe nos dice que Dios hizo a todos los hombres hermanos, no sólo iguales. La fraternidad supone la igualdad, pero añade mucho más, pues nos convierte en familia y nos impulsa a vivir con y para los demás. Esta verdad tiene un origen superior a nosotros y nosotros la aceptamos como constitutiva de nuestro ser. Ya no depende de nuestros sentimientos o de nuestra voluntad, sino que nos viene dada como un gran regalo de Dios y debe convertirse en la forma de comprender y de vivir nuestra vida y las relaciones con los demás.

Además la fe nos dice que Jesús, el Hijo de Dios encarnado, nos mostró el camino y lo formuló en forma de mandamiento: "Amaos unos a otros como yo os he amado". Él se pone como ejemplo, porque vivió para amar, entregando toda su vida a los pobres y en especial a los enfermos. Jesús vivió este amor y esta dedicación hasta las últimas consecuencias, acercándose a ellos hasta hacerse impuro, como cuando tocó al leproso para curarlo y después tuvo que permanecer durante una cuarentena sin entrar en las poblaciones. Escuchémoslo del mismo Evangelio:

Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús, compadecido, extendió su mano, le tocó y le dijo: «Quiero; queda limpio». Y al instante, le desapareció la lepra y quedó limpio.

Le despidió al instante advirtiéndole severamente: «Mira, no digas nada a nadie, sino vete, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu purificación la ofrenda que mandó Moisés para que les conste a ellos». Pero él, tan pronto como se fue, se puso a divulgar a voces lo ocurrido, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados y aún así, seguían acudiendo a él de todas partes. (Mc 1, 40-45)



Además, la verdad de la fe nos cuenta que, en la historia de la Iglesia, la atención a los enfermos ha sido una constante a lo largo de los siglos, desde la ejemplar y heroica atención a los enfermos de cólera en la gran epidemia que asoló el imperio romano, hasta la atención especial a los enfermos más olvidados que llevan a cabo actualmente muchos miles de misioneros en los lugares más apartados del mundo.

Es una dedicación que nace del amor fraterno, del mandato de Jesús y de la convicción profunda de que todos los hombres son hijos de Dios y merecen ser amados y cuidados como lo que son. Esta dedicación se ha convertido para la Iglesia en una auténtica vocación.

Para terminar, si volvemos de nuevo a la comparación entre la verdad laica y la verdad cristiana, descubrimos que las Naciones Unidas tienen muchas personas dedicadas a ayudar a los más pobres en los múltiples proyectos de desarrollo que realiza, incluso muchas veces disponen de los mejores medios para llevarlos a cabo. Sin embargo, quienes los realizan son personas a sueldo y pagadas con criterios de primer mundo. Es verdad que muchas de esas personas tienen auténtica vocación de servicio y son dignas de elogio y admiración... pero la diferencia con los misioneros es notable. Éstos no trabajan por sueldo, ni tienen como punto de

referencia el primer mundo del que partieron, sino que se integran en la vida y las costumbres de las personas a las que sirven y lo hacen sin esperar recibir más paga que la anunciada por Jesús para los bienaventurados que se desviven por los demás. De nuevo, pues, en la comparación entre dos realidades positivas, la verdad de la fe y la fraternidad supera con creces a la verdad laica y la solidaridad.

Si se dispone de tiempo, éste podría ser un momento para hacer una parada y dialogar con los jóvenes sobre la Verdad cristiana y las verdades laicas, y para tomar conciencia, por medio de casos que ellos mismos pueden conocer, o que el responsable puede aportar, de que la visión cristiana de la realidad debe producir una forma de ver y de vivir la vida que mueva a la preocupación y a la ocupación por los otros. Y descubrir que la verdad de la fraternidad no es sólo una verdad para "iniciados", o para personas especialmente sensibles, sino que debe serlo para todos los cristianos y en todas las circunstancias... Podría ser momento para hacer un poco de autocrítica y descubrir que muchos cristianos, quizá también los propios jóvenes, consideran la acción a favor de los pobres como algo opcional, como una posibilidad, y no como una exigencia de la fraternidad universal y del mandato de Jesús.



LAS ENFERMEDADES ASESINAS

Hace muchos años, en el libro "Hagamos un solo mundo", publicado por Manos Unidas, que nos sirvió a muchos como manual básico de nuestras labores pastorales solidarias, aparecía un apartado en el que se hablaba de las enfermedades asesinas. A estas enfermedades se ha añadido el SIDA, como la más mortífera y preocupante a nivel global. El sexto Objetivo del Milenio de las Naciones Unidas se propone luchar contra esas enfermedades intentando evitar tres cuartas partes de las muertes que provocan. Puesto que es verdad lo que dice el refrán: "Ojos que no ven, corazón que no siente", vamos a conocerlas, aunque sea de forma somera, para poder motivarnos a la acción fraterna.

El SIDA

Se llama así al síndrome de inmunodeficiencia adquirida producido por un virus que infecta el cuerpo humano y le va restando las defensas, hasta que el cuerpo del enfermo está a merced de cualquier enfermedad, que se aprovecha de la falta de defensas para destruir el organismo del enfermo. El SIDA en sí mismo no mata, sino que deja completamente desprotegido el cuerpo del enfermo, que muere a causa de cualquier infección o afección contra la que no puede defenderse.

Hay que distinguir entre ser seropositivo y desarrollar la enfermedad. El seropositivo tiene dentro el virus, pero la enfermedad aún no ha comenzado a manifestarse en él. Esta persona puede contagiar a otros, puesto que es portadora del virus, aunque aún no sienta los efectos de la enfermedad.

El SIDA se ha convertido en la infección más mortal del mundo. Hay 33,4 millones de enfermos de los cuales 22,4 millones viven en el África subsahariana, donde la epidemia amenaza la supervivencia de naciones enteras. Un dato estremecedor nos dice que sólo en 2008 quedaron huérfanos por culpa del SIDA 17,5 hijos menores de 18 años, de los cuales 14 millones viven en el África subsahariana.

El SIDA puede contagiarse por el contacto directo de una herida con la sangre del enfermo o de madre a hijo, durante el embarazo o la lactancia, pero funciona sobre todo como enfermedad de transmisión sexual. Son las relaciones sexuales, por el contacto con la sangre o las mucosas sexuales, la principal forma de transmisión de la enfermedad. Las relaciones sexuales promiscuas, las infidelidades matrimoniales, y mucho más en concreto la prostitución, hacen que la enfermedad se propague de forma grave y sin control, puesto que cada persona infectada puede infectar a muchos más, especialmente mientras desconoce que es portadora del virus.

Actualmente existe un tratamiento que consiste en un cóctel de medicinas que paraliza el desarrollo de la enfermedad, pero no la cura, haciendo a los enfermos dependientes de ese carísimo tratamiento, al que no pueden acceder la mayoría de los enfermos de los países más pobres, por falta de medios económicos.

La Malaria

También se le llama paludismo. Es una enfermedad transmitida por los mosquitos "anopheles", que inoculan en las personas a las que pican un parásito denominado "plasmodium". La malaria es una enfermedad febril aguda, que produce fiebres altas, dolor de cabeza, escalofríos y vómitos. Si no se trata se convierte en potencialmente mortal, porque altera el aporte de sangre a los órganos vitales.

La malaria puede ser tratada y, cuando se hace, permite a los enfermos vivir una vida relativamente normal. Pero cuando afecta a los más pobres, que no tienen acceso a la medicina y a sus tratamientos, atrapa a familias y a comunidades enteras en la espiral de pobreza y muerte.

Los datos de la malaria son escalofriantes: En 2008 hubo 247 millones de casos, que causaron cerca de un millón de muertes, sobre todo de niños africanos. La mala-



ría produce el 20% de las muertes infantiles en África, de forma que muere un niño de malaria cada 45 segundos. El grupo de riesgo más importante es el de los niños pequeños que viven en zonas donde abunda el mosquito transmisor. La enfermedad se puede transmitir también de madres a hijos durante el embarazo y causa numerosos abortos y puede aumentar el riesgo de mortalidad materna o provocar peligros para los niños, que nacen con bajo peso.

La mejor forma de luchar contra la malaria es evitar el contagio, por medio de mosquiteras tratadas con insecticida (puesto que los mosquitos suelen picar sobre todo por las noches), o por la fumigación de los interiores de las casas con insecticidas residuales de larga duración. También es importante el tratamiento rápido con medicamentos combinados antipalúdicos y que eviten la pervivencia de los parásitos en la sangre.

La tuberculosis

Es una enfermedad causada por un bacilo, que se transmite por el aire, por medio de la tos, los estornudos o los esputos de los enfermos. Esta forma de transmisión hace que el contagio sea muy fácil, sobre todo cuando se produce en situaciones de pobreza, falta de higiene y de saneamiento de aguas. Afecta principalmente a los pulmones y sin ningún tratamiento es irremediablemente mortal.

Es la enfermedad infecciosa que causa más muertes al año en el mundo, cerca de 2 millones de personas murieron de tuberculosis en 2008, según la OMS, mientras 10 millones contrajeron la enfermedad en ese año. La tuberculosis para los enfermos de SIDA es especialmente peligrosa y casi siempre mortal, sobre todo cuando ambas enfermedades coinciden en enfermos sin medios económicos y sin altas prestaciones médicas.

El país con más casos de tuberculosis es India, donde la enfermedad se transmite con mucha facilidad en los barrios pobres y hacinados.

La OMS ha emprendido un programa para detener la tuberculosis que aspira a tratar a 32 millones de personas de aquí a 2015. Además se está trabajando muy seriamente en nuevas y más modernas formas de detección de la enfermedad y en tratamientos completos que impidan que el bacilo se vuelva resistente a los medicamentos.

LAS OTRAS ENFERMEDADES ASESINAS

Son enfermedades tropicales que afectan gravemente a sectores concretos de la población de algunos países pobres. Son enfermedades muy poco estudiadas, porque son raras para los países ricos y su tratamiento suele ser caro. Como los enfermos son pobres, no pueden acceder a dichos medicamentos y por tanto no interesa a las empresas farmacéuticas investigar sobre ellas. Nombrémoslas, para recordar que existen y afectan a muchos millones de personas:

➔ **La enfermedad de Chagas**, que agranda los órganos internos y llega a producir la muerte y afecta a 16 millones de personas.

➔ **El dengue**, que produce fiebre muy alta y dolores de cabeza intensos y dolores musculares y articulares y afecta a los habitantes de países tropicales y ecuatoriales.

➔ **La enfermedad del sueño**, que en su fase aguda produce trastornos del sueño, dolor intenso, confusión mental y convulsiones y afecta a 60 millones de personas de 32 países de África.

➔ **La filarosis linfática**, que ha incapacitado y desfigurado a 40 millones de afectados, y la padecen 120 millones de personas.

➔ **La Kala azar o fiebre negra**, enfermedad parasitaria de Asia, que debilita el sistema inmunológico y produce anemia, pérdida de peso, agrandamiento del bazo y fiebres prolongadas, y afecta a medio millón de personas nuevas cada año.



Todas ellas se pueden llamar enfermedades de los pobres, cuya principal fuerza es atacar a personas que no tienen medios económicos para comprar las medicinas que podrían curarles. Por eso no se las investiga, o se dejan de producir las medicinas.

MANOS UNIDAS LUCHA CONTRA TODAS ESTAS ENFERMEDADES

Debemos sentirnos orgullosos como cristianos de que la Iglesia católica, por medio de los misioneros y de los miles de dispensarios médicos y hospitales que ellos promueven, sea la organización que está más presente en la vida por los enfermos que padecen las enfermedades asesinas de los pobres. En concreto, el 30% de los enfermos del SIDA de todo el mundo son atendidos por centros y programas promovidos por la Iglesia católica.

Manos Unidas lleva años luchando contra todas estas enfermedades por medio de programas como DREAM, que la comunidad de San Egidio lleva a cabo en 10 países africanos. Dicho programa intenta conseguir una terapia global, que consiste no sólo en suministrar los medicamentos contra el SIDA, sino que busca una mejora global de la salud y de la atención médica, para evitar que las enfermedades oportunistas puedan dañar la salud de los contagiados.

También colabora en el programa "Educación para la vida", que las hermanas misioneras franciscanas realizan en África con el objetivo de informar y concienciar a la población de la necesidad de cambiar los hábitos sexuales que son el vehículo de la transmisión de la enfermedad, además de atender a los enfermos, especialmente a los más vulnerables y a los niños huérfanos por la enfermedad.

Y además está presente en la lucha contra la malaria, la tuberculosis y las demás enfermedades, colaborando en los programas que se realizan para erradicarlas, siempre de forma directa y para destinos concretos, perfectamente evaluables.



Y NOSOTROS ¿QUÉ PODEMOS HACER?

Manos Unidas nos propone este año en su documento base la actitud del buen samaritano, que *"sirve para expresar el principio de la 'compasión', como la determinación constante de hacer lo que esté en nuestras manos para entrar en la enfermedad del 'otro', compartir sus penas y aliviar su sufrimiento. Es una forma de 'hospitalidad', de recibir en casa al enfermo, nuestro prójimo. Los enfermos de SIDA, malaria, tuberculosis, chagas, dengue, entre otras enfermedades, tienen valor para nosotros, nos importan, son seres humanos que no pierden su dignidad ética; nuestra compasión activa nos compromete con ellos para ser compañeros de viaje en la recuperación de sus salud y en el desarrollo de sus capacidades"*.



¿En qué puede consistir para nosotros la actitud del buen samaritano? Acerquémonos primero a la parábola, para poder aprender de ella:

Se levantó un maestro de la ley, y le preguntó para ponerle a prueba: «Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?»

Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?» El maestro de la ley respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». Jesús le dijo: «Has respondido bien. Haz eso y vivirás».

Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de desnudarlo y golpearlo, se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, dio un rodeo. Igualmente, un levita que pasaba por aquel sitio lo vio y dio un rodeo.

Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle sintió compasión. Se acercó, le vendó las heridas, después de curarle con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?»

El otro contestó: «El que tuvo compasión de él».

Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo». (Lucas 10, 25-37)

Al leer y meditar esta parábola, descubrimos que el samaritano es un buen ejemplo para los que queremos ayudar a los enfermos y no somos ni misioneros ni médicos que podamos marchar a ayudarles.

Él no era médico, ni siquiera llevaba medicinas para curarle, sin embargo tenía mucho amor y mucho sentido común. El amor lo demuestra al sentir compasión, pararse y montarle en su cabalgadura, a pesar de que debía estar cansado del largo viaje. El sentido común lo demuestra al curarle las heridas con aceite y vino, alimentos cotidianos que pueden servir también como crema balsámica y desinfectante de las heridas. Además el buen samaritano interrumpió su viaje y sus quehaceres, hasta asegurarse de que el herido estaba a salvo. Y no sólo le dio su tiempo y sus cuidados, sino que, como no podía quedarse más tiempo atendiéndole, pagó con su dinero el resto de su curación, sin poner límites a su generosidad.

Analicemos y hagamos nuestras las actitudes del buen samaritano:

En primer lugar **"se acercó"**. Acercarse al problema es conocerlo, es informarse, es estar atentos a buscar las noticias verdaderamente significativas y que no salen a la prensa más que cuando se convierten en situaciones morbosamente dramáticas, como la hambruna del cuerno de África el verano pasado. Manos Unidas, por medio de su página web: www.manosunidas.org y de sus revistas y publicaciones os puede mantener informados de la verdadera situación de los más pobres, esa "otra historia" paralela, de quienes no cuentan para el mundo laico y consumista y por tanto no salen en los telediarios.

En segundo lugar **"sintió compasión"**. No se trata de echar una lagrimita de las de película o documental sensiblero, sino, como dice el documento base de Manos Unidas, de: *"la determinación constante de hacer lo que esté en nuestras manos para entrar en la enfer-*





medad del 'otro', compartir sus penas y aliviar su sufrimiento". Compadecerse es "padecer con", es compartir el dolor y luchar por aliviarlo. Nosotros podemos sentir el dolor de nuestros hermanos y simplemente "preocuparnos", o podemos sentirlo y "ocuparnos" en aliviarlo. Ésta última es la auténtica compasión cristiana.

¿CÓMO PODEMOS HACERLO?

Una vez que nos hemos acercado y hemos sentido la verdadera compasión cristiana, debemos convertirnos en portavoces de los heridos. Debemos ser "apóstoles" de su situación y anunciar a todos los que nos rodean la buena noticia de que los pobres pueden ser salvados de su pobreza y que los enfermos pueden ser salvados de sus enfermedades. Debemos correr la voz para que ninguno de los que conocemos y amamos "**pase de largo ante el herido**", como lo hicieron el sacerdote y el levita. Correr la voz de la esperanza es una tarea multiplicadora de ayudas, consiste en convertir en buenos samaritanos a todos los que nos rodean... y cuantos más buenos samaritanos haya, más se multiplicará la ayuda.

Esperamos que vosotros estéis dispuestos a "**curar y vender las heridas**" lo cual supondrá dar algo de lo vuestro, "de vuestro aceite y vino", para aliviar a los enfermos que queréis cuidar. A la hora de pensar cuánto podéis compartir, deberíais recordar primero que el samaritano "**lo montó en su cabalgadura**", es decir, se privó de su caballo, a pesar de que debía estar cansado del largo camino. Al samaritano le costó, no dio lo que le sobraba, sino lo que tenía para comer y para viajar... Vosotros, si queréis tener la misma actitud del samaritano, debéis perder algo compartiéndolo con los "heridos". No debéis conformaros con dar lo que os sobra, sino privaros de lo necesario, como el samaritano se priva de su cabalgadura.

Y, si nos ponemos a ser literales, ¿por qué no proponeros dar dos denarios al posadero llamado Manos Unidas, para que cuide a los enfermos? Un denario era el salario de un día... Para vosotros jóvenes podía ser lo que gastáis en un fin de semana, o durante toda una semana. Así, privándoos de algo durante toda una semana, sentiríais lo que sintió el samaritano al caminar, cediendo su cabalgadura al herido, hasta llegar a la posada.

Además de correr la voz, podéis y debéis facilitar a los demás su colaboración organizando una actividad que anime a participar al resto de personas de la parroquia, colegio o movimiento. Este año, en la catequesis infantil hemos propuesto realizar una cadeneta de manos, en la que cada participante escriba un mensaje de solidaridad. Cada persona que quiera aportar sus manos, en forma de cadeneta, deberá acompañarla de un donativo a Manos Unidas, para que el símbolo de "echar una mano" se convierta en realidad.

La propuesta completa consiste en dibujar nuestro país en una parte y África, o Asia en la otra parte y unir ambos dibujos con las cadenas de manos. Podría haber una única cadena, o varias, dependiendo de la distancia entre los dibujos y del número de manos. En la



catequesis infantil 2012 aparece un ejemplo de cadeneta realizado hace tres años por Manos Unidas en la catedral de León. Se puede pedir que los participantes decoren sus manos y sugerir que incluyan su propia foto por un lado y una foto de un niño del sur por el otro, para expresar simbólicamente la cercanía: somos hermanos, dos caras de la misma mano.

Pero aún nos queda una actitud más del buen samaritano: **“Y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva”**. El samaritano está dispuesto a seguir ayudando a la vuelta. Para nosotros esta actitud puede suponer el deseo de colaborar, no sólo durante la campaña, sino de forma continuada. Manos Unidas os ofrece diversas formas de hacerlo: La más sencilla es hacerse socio y aportar una cantidad fija periódica a la organización. La más bonita y comprometida es entrar a formar parte de los voluntarios de Manos Unidas, si es posible creando un grupo juvenil dentro de vuestra Delegación o Comarca.

Manos Unidas necesita jóvenes para pensar y realizar actividades especialmente dirigidas a los jóvenes.

Esta catequesis quiere concluir haciéndoos una invitación concreta: También vosotros podéis ser de Manos Unidas. En la “web” encontraréis un apartado dedicado a jóvenes. Poneos en contacto con vuestra Delegación y haceos voluntarios jóvenes de Manos Unidas. En los más de treinta años que llevo perteneciendo a la organización, he conocido muchos jóvenes que han sido muy felices al pertenecer y trabajar como voluntarios en Manos Unidas.

Para que el Señor inspire vuestra vida y vuestro compromiso, terminamos esta catequesis, como siempre, con una oración:

Señor Jesús, que curaste a los enfermos para manifestarles el amor de Dios, cura las enfermedades de nuestro mundo, que aquejan a los cuerpos y a los corazones.

Ayuda a los que están enfermos por ser pobres, a los enfermos de SIDA, de malaria, de tuberculosis y de las otras enfermedades asesinas de los pobres.

Y ayuda también a los enfermos del alma, a los enfermos de una sociedad opulenta, que sólo piensa en sí misma, se olvida de los pobres y les deja morir.

Ellos están enfermos de SIDA, nosotros estamos enfermos de insensibilidad; ellos padecen la malaria nosotros padecemos el egoísmo. ellos sufren la tuberculosis, nosotros sufrimos la falta de valores; ellos padecen la enfermedad del sueño, nosotros dormimos sin enterarnos de la realidad; a ellos los parásitos les inoculan virus y bacilos a nosotros nos infecta el virus del materialismo egoísta; ellos padecen la desnutrición, las diarreas y el cólera, nosotros provocamos la cólera con nuestra pasividad.

Señor, tú que pasaste haciendo el bien, devolviendo la salud del espíritu a los pecadores y curando a los enfermos con tus manos milagrosas, haz que nuestras manos solidarias sean prolongación de las tuyas, para seguir salvando hoy, en el alma o en el cuerpo, a toda clase de enfermos de nuestro mundo.





Manos Unidas

Premio Príncipe de Asturias
de la Concordia 2010

SERVICIOS CENTRALES: Barquillo, 38 - 3º. 28004 Madrid.
Telf.: 91 308 20 20. Fax: 91 308 42 08. info@manosunidas.org - www.manosunidas.org

ONGD de la Iglesia católica, de voluntarios